

HERMANOS EN GUERRA

ALEX RUTHERFORD

HERMANOS EN GUERRA

El imperio de los mogoles II

Traducción de Julieta Lionetti



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Moghul II. Brothers at War*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: marzo de 2022

© 2010 by Alex Rutherford
© de la traducción: Julieta Lionetti, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

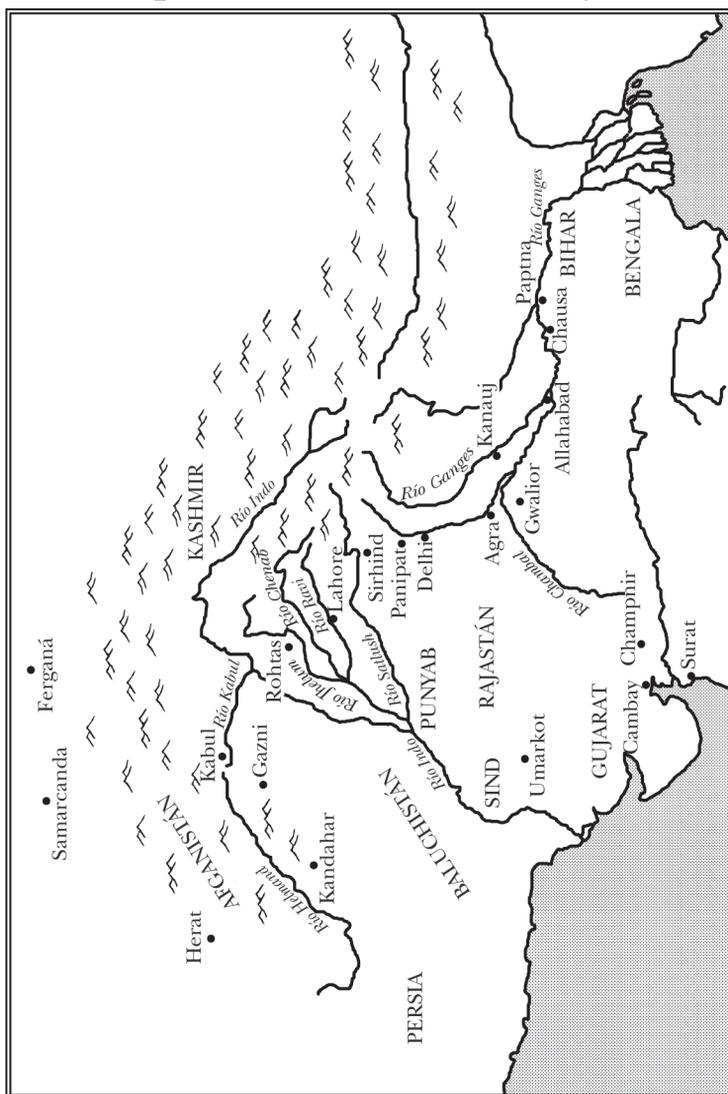
ISBN: 978-84-350-6353-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 1610-2022

Impreso en España

Mapa del mundo de Humayun



Dramatis personae

La familia de Humayun

Babur: padre de Humayun y primer emperador mogol.

Maham: madre de Humayun y esposa favorita de Babur.

Janzada: tía de Humayun, hermana de Babur.

Baisanghar: abuelo materno de Humayun.

Kamran: el mayor de los hermanos consanguíneos de Humayun.

Askari: segundo hermano consanguíneo de Humayun, hermano carnal de Kamran.

Hindal: el hermano consanguíneo pequeño de Humayun.

Gulbadan: hermana consanguínea de Humayun y hermana carnal de Hindal.

Hamida: esposa de Humayun.

Akbar: hijo de Humayun.

El círculo íntimo de Humayun

Kasim: visir de Humayun.

Jauhar: camarero mayor de Humayun y, más tarde, mayordomo mayor.

Baba Yasaval: caballerizo mayor de Humayun.

Ahmed Khan: comandante de los batidores del ejército de Humayun y, más tarde, gobernador de Agra.

Sharaf: astrólogo de Humayun.

Zahid Beg: uno de los altos mandos del ejército de Humayun.

Salima: la concubina favorita de Humayun.

Suleiman Mirza: primo de Humayun y general de la caballería.

Maham Anga: nodriza de Akbar.

Adham Khan: hermano de leche de Akbar.

Nadim Khwaja: uno de los comandantes de Humayun y esposo de Maham Anga.

Otros

Gulruj: esposa de Babur y madre de Kamran y Askari.

Dildar: esposa de Babur y madre de Hindal y Gulbadan.

Nizam: un aguador.

Zainab: camarera de honor de Hamida.

Sultana: la concubina mogola del rajá Maldeo.

Wazim Pathan: un veterano de guerra premiado por Humayun por su coraje.

Jeque Ali Akbar: visir de Hindal y padre de Hamida.

Darya: hijo de Nasir, comandante de la guarnición leal a Humayun en Kabul.

Mustafá Ergun: oficial de caballería turco.

Indostán

Sultán Bahadur Shah: gobernante de Guyarat.

Tartar Khan: miembro de la anterior dinastía reinante, Lodi, vencida por el padre de Humayun, Babur, y pretendiente al trono del Indostán.

Sher Shah: un gobernante ambicioso de origen humilde en Bengala.

Islam Shah: hijo de Sher Shah.

Mirza Husain: sultán de Sind.

Rajá Maldeo: gobernante de Marwar.

Tariq Khan: gobernante de Firozpur y vasallo de Sher Shah.

Adil Shah: cuñado de Islam Shah y pretendiente al trono del Indostán.

Sikander Shah: primo de Islam Shah y pretendiente al trono del Indostán.

Persas

Sah Tahmasp.

Rustum Beg: anciano general y primo del sah Tahmasp.

Bairam Khan: noble, comandante militar y, más tarde, *khan-i-khanan* (comandante en jefe) de Humayun.

Ancestros de Humayun

Gengis Khan.

Tamerlán: deformación de su apodo Timur-i-Lang (Timur el Cojo)

Ulugh Beg: nieto de Tamerlán y famoso astrónomo.

«Si deseas ser rey, haz a un lado los sentimientos fraternos...
¡No es un hermano! ¡Es el enemigo de Su Majestad!».

Del *Humayunnama*, por Gulbadan,
hermana consanguínea de Humayun

Parte I

Amor fraternal

Capítulo 1

A lomos del tigre

El viento era frío. Si Humayun cerraba los ojos incluso podía olvidarse de las almenas de Agra e imaginarse de regreso en las praderas y las montañas del Kabul de su infancia. Pero el breve invierno ya terminaba. En pocas semanas, las llanuras del Indostán quedarían abrasadas por el calor y el polvo.

Mientras se arrebujaba en la capa escarlata forrada en pieles, Humayun caminaba lentamente por el adarve de la muralla. Había dado orden a su escolta de que se marchara porque quería estar a solas con sus pensamientos. Levantó la cabeza y contempló el cielo diáfano salpicado de estrellas. Nunca dejaba de fascinarse con aquel brillo intenso, como de joyas esparcidas. A menudo parecía que todo estuviera escrito allí; si tan sólo uno supiera adónde mirar y cómo interpretar los mensajes...

Unos pasos resueltos y ligeros desde atrás lo interrumpieron. Humayun se dio la vuelta, preguntándose qué cortesano o guardia podría ser tan temerario como para desobedecer el deseo de soledad expresado por el emperador. Su mirada airada cayó sobre una silueta alta y delgada envuelta en ropajes de color púrpura. Un fino velo de gasa le cubría la parte inferior de la cara y, por encima, vio los ojos avellanados de su tía Janzada. La expresión de enfado de Humayun se tornó en una sonrisa.

—Estamos esperándote en las dependencias de las mujeres. Dijiste que cenarías con nosotras esta noche. Tu madre se queja de que pasas demasiado tiempo solo, y estoy de acuerdo con ella.

Janzada se quitó el velo. La luz leonada de una antorcha que ardía en el hachero más cercano incidió en su rostro de huesos delicados. Había perdido parte de la belleza de la juventud, pero

seguía siendo el mismo en el que Humayun había depositado el cariño y la confianza durante más de veinte años. Cuando Janzada se acercó, olió la fragancia dulce del sándalo que constantemente sahumaba en los platos de oro engastados de piedras preciosas de las dependencias de las mujeres.

–Tengo muchas cosas en las que pensar. Todavía me resulta difícil aceptar que mi padre ha muerto.

–Te entiendo, Humayun. Yo también lo quería. Babur era tu padre, pero no te olvides de que también era mi hermano pequeño. Él y yo pasamos juntos por demasiadas cosas, y nunca pensé que lo perdería tan pronto..., pero fue la voluntad de Dios.

Humayun desvió la vista, reacio a que ni siquiera Janzada viera las lágrimas que le brillaban en los ojos al pensar que jamás volvería a ver a su padre, el primer emperador mogol. Parecía increíble que aquel guerrero fuerte y experimentado, que había conducido a sus jinetes nómadas por los pasos de montaña desde Kabul y había atravesado el Indo para fundar un imperio, estuviese muerto. Aún más irreal era que sólo tres meses atrás, con *Alamgir*, la espada de empuñadura en forma de águila de su padre a la cintura, y el anillo de su ancestro Tamerlán al dedo, lo hubieran proclamado, a él, emperador de los mogoles.

–Es tan raro... Como una fantasía de la que sigo esperando despertar.

–Es el mundo real, y debes aceptarlo como es. Todo lo que Babur quería, todo aquello por lo que luchó, tenía un solo propósito: conseguir un imperio y fundar una dinastía. Lo sabes tan bien como yo. ¿Acaso no peleabas hombro con hombro al lado de tu padre cuando aplastó al sultán Ibrahim Lodi en Panipat y reivindicó el Indostán para los mogoles?

Humayun guardó silencio. En cambio, miró el cielo una vez más. Justo entonces, una estrella fugaz cruzó a toda velocidad el firmamento y desapareció, sin dejar siquiera un rastro de su cola ardiente. Miró a Janzada, y se dio cuenta de que ella también la había visto.

–Quizá la estrella fugaz es un presagio. Quizá significa que mi reino se apagará de manera ignominiosa..., que nadie me recordará.

—Tu inseguridad y vacilación indignarían a tu padre si estuviera ahora aquí. Por el contrario, te obligaría a abrazar tu destino. Habría podido elegir a uno de tus tres hermanos consanguíneos como heredero, pero te escogió a ti. No sólo porque eres el mayor, ya sabes que ésa nunca ha sido la norma entre nuestro pueblo, sino porque pensé que eras el más valioso, el más capaz. Nuestro dominio en el Indostán es precario; llevamos aquí sólo cinco años y los peligros acechan por todas partes. Babur te eligió porque confiaba no sólo en tu coraje, del que habías dado sobradas pruebas en el campo de batalla, sino también por tu fuerza interior y por tu confianza en ti mismo, por tu discernimiento del derecho de nuestra familia de gobernar, algo que nuestra dinastía debe tener para prosperar en esta tierra nueva.

Janzada hizo una pausa. Al ver que Humayun no respondía, expuso el rostro a la luz de la antorcha y se pasó el dedo por una delgada cicatriz que se extendía desde la ceja derecha hasta casi llegar a la barbilla.

—No te olvides de cómo conseguí esta marca, de cómo, cuando era joven y tu padre tuvo que abandonar Samarcanda a manos de los uzbekos, fui tomada por la fuerza por su líder, Shaibani Jan, y conminada a entregarme a él. Shaibani Jan odiaba a todos los que, como nosotros, compartíamos la sangre de Tamerlán. Le producía placer humillar y degradar a una princesa de nuestra casa, y doy gracias por no haber caído nunca en la desesperación mientras estuve cautiva en su harén...; y por no haber olvidado quién era ni que mi deber era sobrevivir. Recuerda que, cuando otra mujer me atacó y me robó parte de mi belleza, llevé esta cicatriz como una señal de orgullo, para demostrar que todavía estaba viva y que algún día volvería a ser libre. Después de diez largos años, ese día llegó. Me reencontré con mi hermano, y me regocijé al verlo brindar por mi regreso en un recipiente hecho con la calavera de Shaibani Jan. Debes tener el mismo dominio de ti mismo, la misma fuerza de ánimo, Humayun, que tuve yo.

—Semejante coraje es difícil de emular, pero no fallaré ni a mi padre ni a nuestra casa.

—¿De qué se trata, entonces? Eres joven, eres ambicioso... Estabas deseoso del trono mucho antes de que tu padre cayera enfermo. Babur lo sabía, me habló de ello.

–Su muerte fue tan repentina... Me quedaron tantas cosas sin decir. No me sentía preparado para ser emperador. Al menos no tan pronto, no de aquel modo.

Humayun bajó la cabeza. Era verdad. Las últimas horas de su padre todavía lo obsesionaban. Sacando fuerzas de flaqueza, Babur había dado a sus asistentes la orden de vestirlo con sus ropajes regios, de sentarlo en el trono y de convocar a los nobles. Ante la corte al completo, con voz débil pero con firme propósito, había ordenado a Humayun que cogiera el pesado anillo de Tamerlán, grabado con la cabeza de un tigre rugiente, de su dedo y había dicho: «Llévalo con orgullo y nunca olvides los deberes que te impone...». Pero Babur apenas tenía cuarenta y siete años, todavía estaba en la plenitud de la vida y era demasiado joven para transferir su bisoño imperio.

–Ningún hombre, ni siquiera un emperador, puede saber cuándo será llamado al Paraíso ni de qué manera. Ninguno de nosotros puede predecir ni controlar cabalmente la trayectoria de nuestras vidas. Aprender a vivir con la gran incertidumbre de la mortalidad, como así también con el resto de las peripecias de la fortuna, forma parte del crecimiento hacia la madurez adulta.

–Sí. Pero a menudo pienso que podríamos hacer más por entender los patrones que sustentan nuestra vida. Todo aquello que parece fortuito podría no serlo. Por ejemplo, tía, has dicho ahora mismo que la muerte de mi padre fue la voluntad de Dios, pero te equivocas: fue la voluntad de mi padre. Ex profeso, se sacrificó por mí.

–¿Qué quieres decir? –Janzada se quedó mirándolo.

–No le he revelado a nadie, hasta ahora, las últimas palabras que mi padre me dirigió. Justo antes de morir, susurró que, cuando yo había estado enfermo con fiebres pocos meses antes, mi astrólogo, Sharaf, le había dicho que había leído en las estrellas que si quería que yo viviera debía ofrecer en sacrificio aquello que tuviera de máspreciado. De manera que, prosternándose, le ofreció a Dios su vida por la mía.

–Con más razón fue la voluntad de Dios, entonces. Dios aceptó el sacrificio.

–¡No! Sharaf me contó que su única intención era que mi padre ofreciera el diamante Koh-i-Noor..., no su vida. Pero mi padre

malinterpretó aquellas palabras... Resulta abrumador que me quisiera tanto, que me viera como alguien tan importante para el futuro de nuestra dinastía, que ofreciera su propia vida por la mía. ¿Cómo podré estar a la altura de semejante fe en mí? Siento que no merezco el trono que tanto ambicioné alguna vez. Temo que un reinado que comenzó de esta manera acabe mancillado...

–Estas ideas son absurdas. Buscas con excesivo ahínco patrones de causa y consecuencia. A menudo un reino comienza con una pérdida y con incertidumbre. Depende de ti asegurarte, por medio de tus propias acciones, de que tu reinado no termine de esa manera. Cualquier sacrificio que Babur hiciera, lo hizo porque te amaba y confiaba en ti. Recuerda también que no murió inmediatamente; mejoraste, y él vivió ocho meses más. Su muerte en aquel momento pudo haber sido pura coincidencia. –Janzada hizo una pausa–. ¿Te dijo algo más en sus últimos momentos?

–Me dijo que no llorara su muerte..., que estaba contento de marcharse. También hizo que le prometiera que no haría nada contra mis medio hermanos, sin importar lo mucho que se lo merecieran.

Las facciones de Janzada se tensaron. Por un instante, Humayun pensó que estaba a punto de decir algo, pero en cambio sacudió la cabeza pequeña y elegante, como si cambiara de opinión.

–Vamos. Ya hemos tenido bastantes cavilaciones. Estará ser-vida la comida. No debes hacer esperar a tu madre ni a las otras damas. Pero, Humayun, un último pensamiento: no olvides que tu nombre significa «afortunado». La fortuna será tuya si eres enérgico en cuerpo y alma y la agarras en tus manos. Destierra las vacilaciones tontas que te caracterizan. La introspección puede sentarle bien al poeta o al místico, pero no tiene lugar en la vida de un emperador. Atrapa con ambas manos lo que el destino, y tu padre, te han legado.

Con una última mirada al cielo, donde la luna había quedado oculta por las nubes, Humayun siguió lentamente a su tía hacia la escalera de piedra que bajaba hasta las dependencias de las mujeres.

* * *

Algunas semanas más tarde, postrado frente a Humayun en las habitaciones privadas del emperador, Baba Yasaval, su siempre franco y vivaz caballero mayor, parecía extrañamente nervioso. Cuando el hombre volvió a ponerse en pie, sin dejar de mirarlo, Humayun notó que tenía la piel anormalmente tensa a la altura de los anchos pómulos y que le latía una vena en la sien.

–Majestad, si pudiera hablar a solas con vos... –Baba Yasaval miró de reojo a los guardias apostados a ambos lados de la silla baja de plata de Humayun. No era una petición corriente. Las reglas de seguridad dictaban que el emperador no estuviera solo; incluso cuando estaba en el harén, siempre había guardias cerca, listos para torcer la hoja de un asesino. Pero Baba Yasaval, que había luchado lealmente por el padre de Humayun, merecía su confianza.

Humayun dio licencia a los guardias para que se retirasen de la habitación y con un gesto le indicó a Baba Yasaval que se aproximara. El caballero se acercó, pero titubeó antes de hablar. Comenzó a rascarse el cuero cabelludo, sombreado ahora por unos pelos incipientes, a pesar de que desde su llegada al Indostán se había afeitado la cabeza rigurosamente en recuerdo de las viejas costumbres de su clan; a excepción de un mechón de pelo grueso y grisáceo que le colgaba como una borla.

–Habla, Baba Yasaval. ¿Qué tienes que decirme?

–Malas noticias... Noticias terribles, majestad... –De los labios de Baba Yasaval escapó un suspiro que se asemejó a un gimoteo—. Hay una conspiración contra vos.

–¿Una conspiración? –Instintivamente, Humayun echó mano a la daga engarzada que llevaba metida en el fajín y, antes de darse cuenta, se había puesto en pie—. ¿Quién se atrevería?

–Vuestros hermanos consanguíneos, majestad. –Baba Yasaval bajó la cabeza.

–¿Mis hermanos?

Hacía apenas dos meses, todos los hermanos se habían situado uno al lado del otro en el patio del fuerte de Agra, cuando el carro dorado tirado por doce bueyes negros y cargado con el féretro de plata del padre partía en el largo viaje hacia Kabul, la ciudad que Babur había elegido como su última morada. Los rostros de

sus medio hermanos estaban tan marcados por la pena como el suyo y, en aquellos momentos, había sentido una ráfaga de afecto hacia ellos y la confianza de que lo ayudarían a completar el cometido que su padre había dejado inconcluso: que el dominio de los mogoles en el Indostán fuera inexpugnable.

Baba Yasaval leyó la incredulidad y la conmoción en la expresión de Humayun.

–Majestad, hablo con la verdad, aunque por el bien de todos nosotros desearía que no fuera así... –Ahora que había comenzado, Baba Yasaval pareció armarse de valor y volvió a ser el guerrero recio que había luchado en Panipat. Ya no agachaba la cabeza e, impertérrito, miraba a los ojos de Humayun–. No pondréis en duda lo que digo si os cuento que tengo esta información a través de mi hijo pequeño. Él es uno de los conspiradores. Vino a verme hace apenas una hora y me lo confesó todo.

–¿Por qué habría de hacerlo? –Humayun achicó los ojos.

–Porque teme por su vida, porque se da cuenta de que ha sido un tonto, porque sabe que sus actos traerán la ruina a nuestro clan. –Al decir estas palabras, a Baba Yasaval se le arrugaba el gesto, tratando de contener las emociones.

–Has hecho bien en venir a mí. Cuéntamelo todo.

–Apenas quince días después de que el féretro del emperador, vuestro padre, partiera en dirección a Kabul, los príncipes Kamran, Askari e Hindal se encontraron en un fuerte que queda a dos días a caballo de aquí. Mi hijo, como bien sabéis, está al servicio de Kamran, quien le ofreció grandes recompensas para que se uniera a la conspiración. Como el joven tonto e impulsivo que es, aceptó, y de esta manera lo oyó y lo vio todo.

–¿Qué planean mis hermanos?

–Tomaros prisionero y forzaros a dividir el imperio y que les cedáis algunos de vuestros territorios a ellos. Desean volver a las viejas tradiciones, majestad, cuando cada hijo tenía derecho a una parte de las tierras de su padre.

En el rostro de Humayun se dibujó una sonrisa amarga.

–¿Y entonces qué? ¿Se quedarán contentos? Claro que no. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que empiecen a matar y nuestros enemigos comiencen a rodearnos?

—Estáis en lo cierto, majestad. Incluso ahora no pueden ponerse de acuerdo entre ellos. Kamran es el verdadero instigador. La conjura fue idea suya, persuadió a los demás para que se le unieran, pero entonces casi llegaron a los puños con Askari por ver a cuál de ellos le corresponderían las provincias más ricas. Sus hombres tuvieron que separarlos.

Humayun volvió a sentarse. Las palabras de Baba Yasaval sonaban sinceras. Su medio hermano Kamran, apenas cinco meses menor que él, nunca había ocultado el rencor por haber quedado atrás en la elección como regente de Kabul mientras Humayun acompañaba a su padre en la invasión del Indostán. En cuanto a Askari, a sus quince años, no debía haber sido difícil persuadirlo. Siempre había seguido sin dudar las iniciativas de su hermano carnal, Kamran, aunque éste lo amedrentaba y subestimaba. Pero si el relato de Baba Yasaval era certero, ahora que era casi un hombre, Askari ya no temía desafiar a su hermano mayor. Quizá la madre de ambos, la obstinada Gulruj, los había incentivado en sus planes.

¿Pero cómo explicar lo de su medio hermano pequeño? ¿Por qué Hindal se había implicado? Apenas tenía doce años, y había sido Maham, madre de Humayun, quien lo había criado. Años atrás, consternada por su incapacidad para dar a luz más hijos después del nacimiento de Humayun, había rogado a Babur que le entregara el niño de otra de sus esposas, Dildar. Aunque Hindal todavía estaba en el vientre de su madre, Babur —incapaz de negarle nada a su esposa favorita— le regaló el pequeño. Aunque, se dijo, tal vez no debería sorprenderse tanto por la traición de Hindal. Él mismo tenía sólo doce años cuando se convirtió en rey por primera vez. La ambición puede agudizarse hasta en el príncipe más joven.

—Majestad. —La voz franca de Baba Yasaval devolvió a Humayun al presente—. Mi hijo pensaba que la conjura había sido abandonada porque los príncipes no se ponían de acuerdo. Pero anoche volvieron a reunirse, aquí, en la fortaleza de Agra. Decidieron enterrar sus diferencias hasta que os tuvieran en su poder. Pretenden aprovecharse de lo que ellos llaman vuestro «deseo poco regio de soledad» y atacaros en vuestro próximo paseo a caballo. Kamran incluso llegó a hablar de asesinaros y hacerlo pasar por un accidente. Fue en ese momento cuando mi hijo entró en razón. Al darse

cuenta del peligro que corría Vuestra Majestad, me contó lo que habría debido confesar semanas antes.

–Te estoy agradecido, Baba Yasaval, por tu lealtad y por la valentía de venir a mí en estas circunstancias. Estás en lo cierto. Es terrible que mis hermanos consanguíneos conspiren contra mí, y más tan pronto después de la muerte de nuestro padre. ¿Se lo has mencionado a alguien más?

–A nadie, majestad.

–Bien. Asegúrate de que queda en secreto. Ahora, déjame. Tengo que meditar qué hacer.

Baba Yasaval titubeó. En lugar de marcharse, se postró en el suelo delante de Humayun. Con lágrimas en los ojos, alzó la cabeza.

–Majestad, mi hijo, mi hijo insensato... Perdonadle la vida... Está sinceramente arrepentido de sus errores. Sabe, como yo también sé, cuánto merece vuestra cólera y vuestro castigo, pero, os lo ruego, tened clemencia.

–Baba Yasaval, para mostrarte mi gratitud, no sólo por esta información, sino también por todos los servicios que nos has rendido en el pasado, no castigaré a tu hijo. Sus actos fueron las indiscreciones de un joven incauto. Pero debes mantenerlo confinado hasta que todo esto acabe.

Un temblor pareció sacudir a Baba Yasaval y, por un instante, cerró los ojos. Luego se puso en pie y, con la cabeza afeitada inclinada en una reverencia, se retiró lentamente.

Tan pronto como estuvo a solas, Humayun se puso en pie de un salto y, cogiendo una copa engarzada con gemas, la arrojó por los aires. ¡Los muy pardillos! ¡Idiotas! Si sus hermanos se salían con la suya, los mogoles pronto perderían el imperio que habían ganado con tanto esfuerzo y volverían a una vida nómada de mezquinas rivalidades tribales. ¿Dónde habían dejado su ambición, dónde quedaba el orgullo y el sentido del deber de todo lo que le debían a su padre?

Apenas cinco años antes, Humayun había cabalgado al lado de Babur por el desfiladero Jáiber con destino a la gloria. Todavía se le aceleraba el pulso ante el recuerdo del clamor y la sangre de la batalla, el olor acre del sudor de su garañón en las fosas nasales, el barrito de los elefantes de guerra del sultán Ibrahim, el estruen-

do de los cañones mogoles y el chasquido de los mosquetes, que reducían una fila tras otra de los enemigos. Todavía podía evocar el gozo de la victoria cuando, con la espada ensangrentada en la mano, había inspeccionado las polvorientas planicies de Panipat. El Indostán era de los mogoles. Ahora, todo aquello se ponía en riesgo.

«No lo aceptaré, no aceptaré el *taktya*, *takhta*, esa regla del trono o el ataúd, como la llamaba nuestra gente cuando gobernábamos las tierras centrales. Estamos en un lugar nuevo y por tanto debemos adoptar nuevos medios o lo perderemos todo», pensó Humayun. Rebuscó entre los pliegues de la túnica hasta encontrar la llave que, sostenida por una fina cadena de oro, le colgaba del cuello, y se acercó al cofre abovedado que estaba en una de las esquinas de la estancia. Abrió la cerradura, levantó la tapa y enseguida lo vio: una bolsa de seda guarnecida con flores y atada con un torzal dorado. La desató lentamente, casi con reverencia, y sacó a la luz un gran diamante. Su brillo translúcido le hacía contener la respiración cada vez que lo veía.

—Mi Koh-i-Noor, mi Montaña de Luz —suspiró, mientras pasaba los dedos por cada una de sus caras.

Se lo había entregado una princesa india a cuya familia Humayun había protegido durante el caos posterior a la batalla de Panipat. La piedra poseía una belleza impecable y siempre le había parecido la plasmación de todo lo que los mogoles habían ido a buscar a la India: una gloria y una magnificencia que opacara hasta al sah de Persia.

Con la piedra preciosa todavía entre las manos, Humayun volvió a recostarse en la silla para pensar. Estaba solo, taciturno, cuando el sonido del *ghariyali* de la corte golpeando su disco de azófar en el patio señaló el fin de su *pahar*, o guardia. Caía la noche.

Ésta era su primera gran prueba y debía estar a la altura. Fuesen los que fueran sus sentimientos personales —en ese momento le habría gustado coger por el cuello a cada uno de sus medio hermanos y estrangularlos—, no debía hacer nada imprudente, nada que les mostrara que la conjura había sido traicionada. La petición de Baba Yavasal de una audiencia personal no habría pasado inadvertida. Si al menos su abuelo Baisanghar o el visir Kasim, que ha-

bía sido uno de los consejeros de mayor confianza de su padre, estuvieran allí... Pero los dos ancianos habían acompañado el cortejo fúnebre de Babur hasta Kabul para supervisar la inhumación. No volverían hasta dentro de unos meses. Una vez su padre le había hablado de la carga de la dignidad real, de la soledad que comportaba. Por primera vez, Humayun empezaba a entender sus palabras. Sabía que era él, y sólo él, quien debía decidir qué hacer. Y mantenerlo en secreto hasta que llegara el momento.

Sintió necesidad de sosegarse y se dispuso a pasar la noche con su concubina favorita, una joven dócil de labios carnosos y ojos verdes de las montañas al norte de Kabul. Con su piel sedosa y sus pechos como tiernas granadas, Salima sabía cómo embelesarlo, y era evidente que disfrutaba haciéndolo. Tal vez sus caricias le sirvieran para aclararse la mente y ordenar los pensamientos y, de ese modo, iluminar el camino que tenía por delante, que de pronto parecía ominosamente oscuro.

Tres horas más tarde, Humayun estaba recostado contra un cabezal tapizado de seda en la habitación de Salima. Su cuerpo musculoso y marcado por cicatrices, como correspondía a un guerrero probado, relucía a causa del aceite de almendras con el que ella le había masajeadado la piel de manera incitante hasta que, incapaz de esperar más, la atrajo hacia sí. La bata que hasta hacía poco la cubría, de muselina color amarillo pálido –un producto de los nuevos territorios de Humayun, donde los tejedores hilaban telas de tal delicadeza que les daban nombres tales como «soplo de viento» o «rocío del alba»–, yacía ahora sobre la alfombra con motivos florales. El placer que le había regalado Salima y la respuesta a sus favores habían sido tan intensos como siempre, y Humayun se había serenado, pero su mente volvía una y otra vez a las revelaciones de Baba Yasaval, encendiendo otra vez la ira y la frustración.

–Tráeme un poco de agua de rosas, Salima, por favor.

Ella volvió pocos minutos después con una copa de plata con incrustaciones redondas de cuarzo rosado. El agua, enfriada con hielo traído de las montañas norteñas por caravanas de camellos, olía bien. De una cajita de madera que estaba al lado de la cama, Humayun extrajo unos perdigones de opio y los dejó caer en la copa, donde se disolvieron en un remolino blanquecino.

–Bebe –dijo, y levantó la copa hasta los labios de Salima. Quería que ella compartiera su placer, pero de alguna manera el gesto, para su bochorno, también tenía otro propósito. Su padre casi había muerto cuando Buwa, la madre del sultán Ibrahim, su vencido enemigo, había tratado de envenenarlo en venganza por la muerte del hijo. Desde entonces, Humayun era precavido.

–Aquí, majestad. –Salima lo besó con unos labios deliciosamente húmedos de agua de rosas y le entregó la copa. Humayun bebió un largo trago, saboreando el opio, que en las últimas semanas le había ayudado a mitigar la pena; desplegándose calladamente en el cerebro, lo conducía a un placentero abandono.

Pero tal vez aquella noche había echado demasiado, o tal vez había confiado demasiado en sus poderes relajantes. Recostado como estaba, unas imágenes portentosas comenzaron a formarse en su mente. Las resplandecientes cúpulas azules y los minaretes delgados de una ciudad exquisita se levantaron frente a él. Aunque por aquel entonces era demasiado pequeño como para recordar el breve tiempo que vivió allí, sabía que lo que veía en sueños era Samarcanda, la capital de su gran ancestro Tamerlán, la ciudad que su padre había conquistado, perdido y anhelado siempre. Gracias a los vívidos relatos de Babur, Humayun sabía que se encontraba en la plaza Registán, en el centro de la villa. En la altísima puerta de acceso, un tigre agazapado y de color naranja cobraba vida ante sus ojos: las orejas aplastadas contra la cabeza y echadas hacia atrás, los labios retraídos mostrando los dientes afilados, listo para el desafío. Los ojos eran verdes, como los de Kamran.

De pronto, Humayun sintió que montaba a lomos del tigre y que lidiaba con él con todas sus fuerzas, sintiendo cómo el cuerpo vigoroso del animal se retorció bajo el suyo. Apretó los muslos con firmeza para sujetarse y olió su aliento abrasador mientras la bestia arqueaba el cuerpo y movía la cabeza de un lado a otro tratando de derribarlo. Humayun trabó las piernas más fuertemente y sintió que los flancos se retorcían y corcoveaban otra vez. No iba a dejar que lo desestabilizara. Se inclinó hacia delante y deslizó las manos por debajo del cuerpo del felino. Palpó carne blanda y lisa y, en el interior, un pulso cálido y rítmico: la fuente de la fuerza vital de la

bestia. Empezó a apretar más y más, a presionar y a empujar. El aliento del animal le llegaba en jadeos bruscos y ásperos.

–Majestad..., por favor...

Una débil voz trataba de alcanzarlo. Y esa voz también jadeaba por una bocanada de aire. Abrió los ojos, y lo que vio a través de las pupilas dilatadas no fue un tigre salvaje sino a Salima. Al igual que él, chorreaba de sudor, como si el momento del orgasmo estuviera cerca. Y aunque en verdad la estaba poseyendo, con las manos estrujaba la carne tierna de sus pechos, como si Salima fuera la bestia devastadora que luchaba por someter. Aflojó el apretón, pero continuó arremetiendo una y otra vez hasta que ambos llegaron al orgasmo y se desplomaron.

–Salima, perdóname. No habría debido abusar de ti de esta manera. Se entreveraron pensamientos de conquista con el deseo que siento por ti.

–Nada de perdones... Me habéis colmado de placer. Estabais en otro mundo y yo, dispuesta a serviros tanto en aquel mundo como en éste. Sé que nunca me haríais daño adrede. Ahora, hacedme el amor de nuevo, esta vez más dulcemente.

Humayun obedeció de buena gana. Más tarde, cuando yacía exhausto y todavía aturdido por el opio, las cortesanas del harén aparecieron para lavarlo con agua perfumada y fresca. Al fin se durmió, envuelto en el abrazo de Salima. Esta vez fue un sueño tranquilo y sólo se despertó cuando los primeros rayos de luz comenzaron a atravesar la celosía de la ventana. Mientras observaba cómo los rayos jugaban en la arenisca labrada del techo, supo qué debía hacer. La batalla de voluntades con el tigre se lo había dicho. Él era el soberano. No siempre tenía que ser manso. El respeto también se ganaba sabiendo cuándo ser firme.

* * *

–Majestad, vuestras órdenes se han cumplido.

Sentado en el trono, en el estrado de mármol de la sala de audiencias, la corte *darbar*, con los cortesanos y los comandantes situados en estricto orden alrededor, Humayun miró con condescendencia al capitán de su escolta. El oficial había ido a verlo poco

después de medianoche y Humayun conocía, por tanto, lo sucedido, pero era importante que toda la corte se enterase y diera posterior testimonio.

–Habéis hecho bien. Cuenta lo que ha ocurrido.

–Siguiendo las instrucciones de Vuestra Majestad, arrestamos a vuestros hermanos de padre la última noche cuando compartían un banquete en las dependencias del príncipe Kamran.

Un susurro colectivo se elevó por toda la estancia, y Humayun sonrió para sus adentros. Había elegido bien el momento. Desde la advertencia de Baba Yasaval se había mantenido seguro dentro de la fortaleza. Entonces, hacía ahora una semana, había llegado a lomo de burro una remesa de vino de Ghazni, el mejor que el reino de Kabul era capaz de producir, intenso y embriagador. Un regalo muy oportuno de su abuelo materno, Baisanghar. Conocedor de la inclinación de Kamran por el vino, Humayun le había obsequiado una parte. Tal y como había supuesto, la invitación de Kamran a todos sus hermanos para que se le unieran a disfrutarlo no se había hecho esperar. Humayun había declinado gentilmente la invitación, pero Askari e incluso Hindal, que todavía no tenía la edad para disfrutar de la bebida pero que sin duda se sentía halagado de la compañía, se apresuraron a acudir a la fiesta. Con los tres juntos y desprevenidos, la oportunidad para una acción decisiva había sido perfecta.

–¿Se resistieron mis hermanos?

–El príncipe Kamran sacó la daga e hirió a uno de mis hombres, a quien le rebanó parte de la oreja, pero enseguida fue reducido. Los demás no se opusieron.

Humayun paseó la mirada por los rostros que lo rodeaban.

–Algunos días atrás recibí noticias sobre una conjura. Mis hermanos pretendían secuestrarme y forzarme a ceder algunos de mis territorios; tal vez, incluso, planeaban matarme.

Los cortesanos se mostraron convenientemente conmocionados. «Cuántos de ellos estarán fingiendo», se preguntó Humayun. Al menos algunos debían de tener conocimiento de la conspiración e, incluso, haberle dado tácito consentimiento. Cierta número de los jefes tribales que habían acompañado a Babur en su conquista del Indostán nunca se habían adaptado al nuevo ho-

gar. Detestaban esa tierra nueva de planicies monótonas e interminables, de vientos calientes y ásperos o de lluvias torrenciales traídas por el monzón. En su fuero interno, añoraban las montañas empolvadas de nieve y los ríos fríos de su país natal, al otro lado del desfiladero Jáiber y más allá. Más de uno habría dado la bienvenida a la oportunidad de coludir con los conspiradores, pues bien seguro éstos les podrían facilitar volver a casa, y con una recompensa. «Pues de acuerdo», se dijo Humayun, «ahora sudarán un poco...».

—Traed a mis hermanos a mi presencia, de manera tal que pueda interrogarlos sobre sus cómplices.

El silencio era absoluto. Por fin, el sonido de unas cadenas metálicas arañando las losas de piedra del patio exterior rompió la quietud. Humayun levantó la vista. Sus hermanos ya entraban, a tropezones, formando una fila medio arrastrada por los guardias. Kamran era el primero; su rostro de nariz aquilina y finos labios no revelaba más que desdén. Podía llevar grilletes en los tobillos, pero el porte orgulloso de su cabeza indicaba que no tenía la menor intención de pedir clemencia. Askari, más bajo y más delgado, era otra cuestión. Su cara sin afeitarse aparecía ajada por el terror, y sus pequeños ojos, enmarcados por unas cejas oscuras, miraban a Humayun suplicantes. Hindal, el último, un tanto oculto detrás de sus dos hermanos mayores, curioseaba a su alrededor más o menos distraído, y su rostro tierno, encuadrado por una maraña de pelo, semejaba vacuo más que temeroso, como si lo que estaba pasando no fuera con él.

En cuanto los guardias se apartaron, Askari e Hindal, aunque obstaculizados por las cadenas, se postraron de cuerpo entero en el suelo ante Humayun, en la tradicional señal de obediencia del *korunush*. Después de varios segundos de vacilación y con una media sonrisa desdeñosa, Kamran hizo lo mismo.

—En pie.

Humayun aguardó a que cumplieran su orden. Ahora que podía examinarlos desde más cerca, se dio cuenta de que Kamran tenía un moretón oscuro en un costado de la cara.

—¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa? Sois mis hermanos. ¿Por qué maquinasteis contra mí?

–No lo hicimos... No es verdad...

El tono de Askari, estridente y nervioso, no resultaba convincente.

–Mientes. Lo llevas escrito en la cara. Si vuelves a mentir, ordenaré que te sometan a tormento. Kamran, como el mayor de todos, responde a mi pregunta: ¿por qué ambicionabais traicionarme?

Cuando levantó la vista para mirar a Humayun, los ojos de Kamran, verdes como habían sido los de Babur, eran dos rajas.

–La conspiración fue idea mía... Castígame a mí, no a ellos. Era la única manera de reparar la injusticia que se nos ha infligido. Como tú mismo has dicho, todos somos hijos de Babur. ¿Acaso la sangre de Tamerlán no fluye por las venas de todos nosotros? ¿Y, a través de nuestra abuela Kutlug Nigar, también la sangre de Gengis Kan? Pero, aun así, hemos sido desheredados, y lo único que nos han permitido es ser tus lacayos, para que nos mandes de aquí para allá según convenga a tu capricho. Nos tratas como a esclavos, no como a príncipes.

–Y vosotros os comportáis, todos vosotros, no sólo tú Kamran, como vulgares criminales, no como hermanos. ¿Dónde ha quedado tu sentido de lealtad a nuestra dinastía, si es que no la tienes hacia mí?

Humayun captó de repente el destello de un ojo renegrido. Procedía de una celosía de madera intrincadamente tallada en lo alto de la pared, a la derecha del trono. Sin duda, Janzada y tal vez su madre, Maham, lo observaban desde la pequeña galería que había tras la reja, allí donde las mujeres de la familia real, inadvertidas para los demás, atendían los asuntos de la corte. Quizá Gulruj y Dildar también estuviesen allí, en temblorosa expectativa de la sentencia que estaba a punto de pronunciar sobre sus hijos.

Pero, ahora que había llegado el momento, Humayun se sintió extrañamente renuente a la crueldad. Una hora antes estaba completamente seguro de lo que iba hacer; sería tan implacable como Tamerlán, ordenaría la inmediata ejecución de Kamran y Askari, y enviaría a Hindal a prisión perpetua en alguna fortaleza remota. Sin embargo, ahora, al mirarlos –Kamran, tan arrogante y provocador; Askari e Hindal, simplemente aterrorizados–, sintió que su ira menguaba. Su padre llevaba pocos meses muerto, y ¿cómo

podía ignorar sus últimas palabras? «No hagas nada contra tus hermanos, por mucho que pienses que se lo pueden merecer». Al igual que en el sexo, había un tiempo para ser inclemente y otro para ser bonancible.

Bajó del trono y caminó lentamente hacia sus hermanos y, empezando por Kamran, los abrazó. Ellos, de pie delante de él, mostraron sin pudor expresiones confusas, tratando de encontrar algún signo en el gesto de Humayun que diera sentido a su comportamiento.

—No es apropiado que los hermanos tengan querellas. No deseo derramar la sangre de nuestra casa en nuestros nuevos territorios. Sería un mal presagio para nuestra dinastía. Juradme lealtad..., y viviréis. También os daré provincias que gobernar que, aunque seguirán siendo parte del imperio, gobernaréis como vuestras y sólo sujetos a mí.

Humayun captó los murmullos de cortesanos y comandantes, primero de asombro y luego de aprobación, y se sintió inundado de orgullo. Eso era la verdadera grandeza. Así debía actuar un verdadero emperador: aplastando el disentimiento para luego mostrarse magnánimo. Cuando abrazó a sus hermanos por segunda vez, los ojos de Askari e Hindal brillaban con lágrimas de agradecimiento. En cambio, la mirada verde de Kamran era seca, y su expresión, lúgubre e insondable.